

Natalia
Ginzburg

Las tareas
de casa
y otros
ensayos

Prólogo de
Elena Medel

Lumen

The book cover features a photograph of a woman with dark hair, seen from the side, sitting on a wooden chair. She is shirtless and appears to be in a domestic setting. She is holding a rotary telephone receiver to her ear with her left hand and a pen over a small blue notepad on a table with her right hand. On the table, there is also a rotary telephone base. In the background, a framed picture hangs on the wall. The image is partially obscured by a large, light-colored triangular shape that cuts across the top and right sides of the cover.

Las tareas de casa y otros ensayos

Natalia Ginzburg

Prólogo de
Elena Medel

Traducción de
Flavia Company y Mercedes Corral

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Me llamo Natalia Levi...

Me llamo Natalia Levi. En mis ensayos me convierto de nuevo en la niña que lee *Un matrimonio de provincias*, en la muchacha que envía a revistas sus primeros relatos. Ante la página en blanco tengo dudas y tengo miedo. En cambio, en la ficción pierdo mis nombres: me llamo como se llaman otros. Soy esos otros. «Él no interpreta, él es ese hombre», concluiré sobre el trabajo de Buster Keaton en *Film*. Al pensar en él pensaré en mí misma.

Me llamo Natalia Levi. Ahora escribo como Natalia Ginzburg. Tan fácil y difícil a la vez.

Las tareas de casa y otros ensayos se desarrolla igual que una crónica de vida. Natalia Ginzburg, quien soy o quien escribe, cuenta la vida de Natalia Levi; su cotidianidad incluye la lectura y la escritura, las películas y las conversaciones, las preguntas. Cada experiencia sirve para buscar respuestas, pero una cosa es buscar y otra muy distinta encontrar. En la madurez y en la vejez, los tiempos desde los que la autora escribe la mayoría de estos textos, asombra ver cómo, en cambio, «nuestros hijos consiguen vivir y descifrar el presente». La sorpresa, más que el desconcierto, guía sus conclusiones.

En ninguno de sus otros libros Natalia se nos había mostrado tan desnuda. Ni siquiera en aquellos de autobiografía declarada. Si de muestra sirve un botón, ante la idea de conocer a la novelista inglesa Ivy Compton-Burnett, a la que tanto admira, la escritora se describe como «ridícula, superflua, sentimental». En cambio, a su hijo mayor, uno de los primeros lectores de sus textos, la propia Ginzburg le parece «una escritora azucarada». Ella lo agradece. En estos ensayos esta espléndida mujer arriesga, se tropieza, cree que falla, pero acierta.

La vida es la literatura, y por eso reflexionar sobre la vida implica reflexionar sobre la escritura. Natalia Ginzburg ata sus palabras con fuerza, y al asegurar los nudos se estremece, vulnerable. Teme no decir lo que quiere decir. Teme no decir en la manera en que quiere decirlo. Aspira a que la lean con la fuerza y con la severidad de su padre en la infancia. En estos ensayos, Natalia Ginzburg se llama Natalia Levi.

Existe un prejuicio en torno a la escritura de Natalia Ginzburg. Por sus inspiraciones y su estilo, en apariencia tan a ras de suelo, tan de tú a tú, la sentimos cercana, pero esa distancia mínima resulta tan compleja que solo puede nacer del trabajo constante y meditado. Eso sí: en las novelas la práctica vence a la teoría, y sin embargo en sus ensayos abundan las reflexiones sobre el papel del intelectual.

Además de su obra, ¿qué aporta un escritor a su tiempo? Ginzburg militó en el Partido Comunista, fue diputada, ella y su familia —su primer marido, sus padres, sus hermanos— lucharon contra el fascismo durante la dictadura y la guerra. Sin embargo, Ginzburg se refiere a los intelectuales marcando las distancias: no nosotros, sino ellos. «Los intelectuales

comentan la realidad, los novelistas la representan», y se incluye en el último grupo.

Sin embargo, el compromiso impregna su narrativa de manera sutil y se revela firmísimo en sus ensayos. Como política no pretende trabajar por la cultura, sino por los «derechos de los ancianos». Sueña con un gobierno comunista, por supuesto, pero no «con las características de los vencedores», sino con la conciencia de quien lo perdió todo. Su apuesta política bebe —o viceversa— de su apuesta literaria: por el espacio común, por las pequeñas cosas.

Libertad ejerce como sinónimo de «alegría» en el diccionario de Natalia Levi. La libertad se cuenta en *Las tareas de casa* como un acto íntimo y, al mismo tiempo, como un acto de respeto; comienza en el momento en el que asumimos, y celebramos, la libertad del otro. Se resume en la decisión —llena de humor en su voz— de comprar una casa: uno debe cuestionarse, construirse, derribar muros, reformarse, levantarse otra vez, decidir qué ofertas acepta y cuáles ignora.

La autora no rehúye ningún tema. Aborda la política, desde la militancia más burocrática o desde la forma en la que influye en nuestra vida real. Defiende la libertad de expresión, aunque no comparta opiniones. No le tiemblan las manos al cuestionar las decisiones de sus amigos de siempre, si piensa que se equivocan, y escribe un artículo valiente y arriesgado sobre el aborto.

Hay un tono común en todos sus ensayos: el de la lucidez. Ginzburg o Levi, se llame como se llame, esta mujer nos ilumina y nos sugiere con su inteligencia.

Las tareas de la casa de Natalia Levi: el pensamiento, la lectura y la escritura. No sé si Natalia Ginzburg escribe aquí como escribe una mujer. ¿Cómo escribe una mujer? Sí que

escribe orgullosa de sus circunstancias. Ginzburg es una escritora italiana, conocedora de una tradición que le enorgullece; es una mente curtida entre guerras, convencida de que la literatura sirve para cambiar el mundo. Y finalmente Ginzburg es una escritora, en femenino; sus protagonistas son mujeres fuertes, que toman sus propias decisiones y son dueñas de su vida. Desde ese punto de vista, el de quien ha vivido como mejor ha podido, el de quien ha escrito como ha querido, aborda sus ensayos.

Las tareas de casa y otros ensayos es un libro feliz. De acuerdo, habla de la muerte: de su cercanía y de su certeza. Pero gana el entusiasmo. Desde él recomienda Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez, o *Primera plana*, de Billy Wilder, que le transforma en una mujer «inteligente y feliz». Desde él cuenta «el milagro de la diversión» que vive en los espectáculos del creador teatral Paolo Poli, o arremete —del lado contrario— contra aquello que le incomoda. También vamos a enterarnos de que no le gusta viajar con desconocidos ni pensar en los problemas de las mujeres sin pensar, al mismo tiempo, en los problemas de los hombres. Recuerda a los amigos muertos: a Italo Calvino, a Cesare Pavese, a su admirada Elsa Morante...

Ginzburg o Levi, Natalia está de mente presente en cada una de estas piezas. Lo está con un talento extraordinario teñido de modestia, como si el lector estuviera siempre muy cerca y no hiciera falta gritar. Como si no hiciera falta proclamar porque, bien mirado, las cosas importantes a menudo se comentan *sotto voce*.

ELENA MEDEL

Nunca me preguntes

A Gabriele

*Pero tú permaneces en la carretera
desconocida e infinita.
Solo le pides a la vida
que se quede como es.*

SANDO PENNA

La casa

Hace años, tras vender un apartamento que teníamos en Turín, nos pusimos a buscar casa en Roma; y la búsqueda de la casa duró mucho tiempo.

Yo deseaba desde hacía años una casa con jardín. Había vivido de niña en una casa con jardín, en Turín, y la casa que imaginaba y deseaba se parecía a aquella. No me conformaría con un jardincillo minúsculo, quería árboles, un estanque de piedra, hierba y senderos: quería todo lo que había en el jardín de mi infancia. Leía los anuncios del jueves y del domingo en el *Messaggero* y me fijaba en los que decían «Casa con amplio jardín, dos mil metros cuadrados, altos árboles», pero después de una llamada de teléfono al número indicado en el anuncio, me enteraba de que «la casa» costaba treinta millones. No teníamos treinta millones. Sin embargo, a veces, la voz que me respondía al teléfono decía «Treinta millones negociables», y aquella palabra, «negociables», me impedía renunciar del todo a aquellos dos mil metros cuadrados de jardín que no me había atrevido a ir a ver, pero que me figuraba magníficos, me parecía que aquel «negociables» era un terreno resbaladizo por el que era posible deslizarse hasta la suma, muy inferior a treinta millones, que teníamos nosotros. Puntualmente, todos los jueves y todos los domingos, revisaba los anuncios del *Messaggero*. Me saltaba todos los que empezaban por «Aaaaa», no sé por qué, desconfiaba de todas aquellas «a». No es que desconfiara de las

agencias. Incluso recurrí a algunas (es más, visité unas cuantas). Pero, sea como fuere, me saltaba las «a». Y como quería un jardín, o sea una casa en planta baja, también me saltaba los anuncios que empezaban por «ático», «sobreatico», «panorámico». Me lanzaba sobre los que empezaban por «chalet», «villa», «casa». «Casa zona residencial diplomática excepcionales acabados gran jardín»; «villa señorial, imponente, ideal personalidad, actor, profesional, empresario. Calefacción. Parque arbolado». Después de visitar dos o tres «chalets» y de ver que eran bastante pequeños y que el jardín no era más que una estrecha acera de piedra cercada por setos, empecé a descartar los «chalets» y a subrayar con lápiz las «casas». «Casa diez habitaciones amplio salón patio cerámicas calefacción jardín arbolado.» «Villa tres plantas amplio parque apta para sede diplomática comunidad religiosa ganga.» También me paraba un momento en los anuncios de casas o de terrenos fuera de Roma, pensando que podíamos ir a vivir al campo. «Zona Frosinone vendo muy buen precio cantera de grava junto a camino con olivar en lo alto gran oportunidad.» Mi marido echaba un vistazo a los anuncios que había subrayado y me preguntaba qué podíamos hacer nosotros con una villa para una comunidad religiosa y, sobre todo, qué podíamos hacer con una «cantera de grava» en la zona de Frosinone, nosotros que teníamos que estar en Roma y que necesitábamos una casa.

Al principio mi marido se mantuvo al margen de la búsqueda y, cuando subrayaba los anuncios, me observaba como si fuera presa de una pacífica locura. Solía decir que, en el fondo, se sentía muy a gusto en la casa de alquiler donde vivíamos, aunque era verdad que estábamos un poco estrechos. Sin embargo, de vez en cuando admitía, aunque de

una manera poco entusiasta, que quizá fuera oportuno comprar una casa, porque el dinero del alquiler era dinero tirado por la ventana; pero, repito, al principio la mía fue una búsqueda solitaria, y algo descabellada; le leía en voz alta aquellos anuncios del *Messaggero*, él escuchaba por lo general sumergido en un silencio irónico y desdeñoso, que me desanimaba y que al mismo tiempo me empujaba por el camino de la locura; puesto que me parecía imposible comprar una casa sin su consentimiento, perseguía sueños fantásticos y sombras sabiendo que no habría consecuencias reales. Fui a ver algunas de las casas de aquellos anuncios, y mi marido sabía que iba, pero se negaba a ir conmigo, y yo sentía que, en el curso de aquellas expediciones, me acompañaba su absoluta desconfianza en mi capacidad para encontrar una casa. Después, de golpe, él se dedicó a buscar casa conmigo. Esta determinación repentina se debió, creo, al consejo que le dio un cuñado, que le dijo que haríamos muy mal en comprar una casa en un momento como aquel; porque al cabo de unos cuantos años las casas bajarían de precio, previsión que después se reveló equivocada, porque las casas en Roma son cada vez más caras. De modo que lo que nos convenía era esperar a que los precios descendieran. No era la primera ocasión en que comprobaba que mi marido solía pedir consejo a aquel cuñado para hacer justo lo contrario de lo que le sugería, sin embargo, él insistía en alabar la gran lucidez e inteligencia de aquel pariente nuestro, y en manifestar la necesidad de consultarle en cualquier circunstancia de naturaleza económica y práctica, es decir, en todos aquellos asuntos en los que él se sentía incompleto. En cambio mi padre me escribía continuamente desde Turín instándonos a que comprásemos una casa, mejor dicho, y según la expre-

sión que solía utilizar, «una residencia», término que, en el lenguaje arcaico que él usaba, sobre todo por carta, significaba apartamento. En el apartamento de alquiler, demasiado pequeño para nosotros, la criada dormía en el comedor, cosa que mi padre consideraba antihigiénica, y uno de los niños en el estudio, cosa que mi padre encontraba sumamente indecorosa. En cuanto a mi suegra, nos disuadía de cambiar de casa porque, en el apartamento de alquiler en que vivíamos había suelos amarillos que, según decía ella, despedían una luz que embellecía el cutis: y nos aconsejaba que, si queríamos comprar una casa, convenciéramos al propietario para que nos vendiera aquella, lo que era, como más de una vez habíamos intentado explicarle, impracticable, porque ni el propietario deseaba vendérsela ni nosotros, por diversos motivos, deseábamos comprarla.

De modo que en la búsqueda hubo dos etapas: una durante la que yo buscaba sola, con fervor pero a la vez con timidez y desconfianza, porque el escepticismo y la desconfianza de mi marido se me habían contagiado, y porque siempre necesito, en mis iniciativas de naturaleza práctica, que me acompañe la aprobación de otra persona. Luego hubo una segunda etapa, durante la cual mi marido buscó casa conmigo. Cuando él empezó a buscar casa conmigo, descubrí que la casa que él quería no tenía nada que ver con la que quería yo. Descubrí que él, como yo, deseaba una casa parecida a aquella en la que había transcurrido su infancia. Puesto que nuestras infancias no se parecían, la discrepancia entre nosotros era insalvable. Yo quería, como he dicho, una casa con jardín: una casa en planta baja, quizá algo oscura, rodeada de verde, hiedra, árboles; él, que había pasado una parte de su infancia en Via dei Serpenti y otra parte en Prati,

se sentía atraído por las casas situadas en una de estas dos zonas. Los árboles y el césped le tenían sin cuidado. Quería ver, desde las ventanas, los tejados: muros antiguos, descascarillados, carcomidos por el tiempo, ropa remendada tendida en callejones húmedos, tejas cubiertas de musgo, canalones herrumbrosos, chimeneas, campanarios. Y así empezamos a discutir porque él descartaba todas las casas que me gustaban, alegando que eran demasiado caras, o que tenían algún defecto, y como él también se había puesto a mirar anuncios, subrayaba con lápiz solo las casas que estaban en el centro de Roma. Venía conmigo a ver las casas por las que yo me interesaba, pero su expresión era, antes incluso de que subiéramos las escaleras, tan malhumorada, y su silencio tan colérico y despectivo, que a mí me daba la sensación de que convencerlo para que mirara a su alrededor con ojos humanos, o para que intercambiara algunas palabras con el portero o con el propietario que nos precedían abriendo postigos, era misión imposible. Entonces le dije que me parecía detestable su manera de tratar a aquellos pobres porteros, o a aquellos pobres propietarios, que no tenían culpa alguna de que no le gustasen sus casas; y después de esta observación, empezó a ser amabilísimo con los porteros y con los propietarios, ceremonioso, casi servil: manifestaba un profundo interés por el apartamento, metía la nariz en los armarios empotrados, y al final comentaba las reformas que habría que realizar, y yo las primeras veces me lo creí todo, me ilusioné pensando que quizá la casa que estábamos visitando le gustaba un poco, pero no tardé en darme cuenta de que aquel comportamiento amable suyo era irónico y que la idea de quedarse con una casa como aquella ni siquiera se le pasaba por la cabeza.